

con él trabajaban por el triunfo de la Restauración, tales como Pradt y el barón Luis los cuales dijeron al Emperador de Rusia que Francia era realista, aunque, debido á la incertidumbre de los acontecimientos, se había abstenido hasta entonces de manifestar sus simpatías. Alejandro se dejó persuadir. «Perfectamente, exclamó al fin; pero, añadió, no somos nosotros, extranjeros, los que hemos de derribar del trono á Napoleón, ni mucho menos colocar en él á los Borbones. ¿Quién se encargará de lo uno y lo otro?—Los cuerpos constituidos, señor, contestó Talleyrand después de una pausa. De mi cuenta corre el conseguir la cooperación del Senado.» Para obtenerla, hizo firmar al poderoso autócrata una declaración, en cuya virtud se confiaba solemnemente á aquella Asamblea, en nombre de los aliados, la misión de atender, bajo la protección de los ejércitos vencedores, á lo que convenía á Francia, á Europa y á la misma Cámara. El expresado documento, obra del antiguo revolucionario, decía:

«Los ejércitos de las potencias aliadas han ocupado la capital. Los soberanos aliados acceden al deseo de la nación francesa y declaran que, como las condiciones de paz, que exigirían gran cúmulo de seguridades tratándose de encadenar la ambición de Bonaparte, podrán ser más favorables en el caso de que Francia, restableciendo un gobierno prudente ofrezca por sí misma garantías de tranquila conducta: declaran, en su consecuencia, los soberanos:

- »Que no tratarán más con Bonaparte, ni con ningún individuo de su familia;
- »Que respetarán íntegro el estado de la antigua Francia, tal como era en tiempo de sus reyes legítimos;
- »Que reconocerán y garantizarán la Constitución que á sí misma se dé la nación francesa.
- »Por todo ello, invitan al Senado á designar un gobierno provisional, que cuide de las necesidades administrativas y pueda preparar la Constitución más conveniente para el pueblo francés.»

Alejandro agregó de su puño y letra al tercer párrafo: «Los soberanos pueden hacer más, porque reconocen siempre que para el bienestar de Europa es preciso que Francia sea grande y fuerte».

Esta declaración, firmada por el Czar y refrendada por su ministro el conde de Nesselrode, se entregó en el acto á los hermanos Michaud, que esperaban en una habitación contigua, por orden de Talleyrand, y al cabo de una hora se había fijado en todas las esquinas de París.

Aquella noche, Talleyrand recibió en su casa, ó hizo visitar en sus domicilios, á los senadores más influyentes. Quería antes de convocar á la Asamblea en su calidad de vice-gran-electoral y de vice-presidente de ella, preparar á los individuos que la componían, á fin de impedir que en la sesión oficial hubiese titubeos ni discusiones. El Senado se

reunió el primero de Abril con solos sesenta y cuatro de sus individuos, á pesar de ser entre todos ciento cuarenta y cuatro y de haber en París unos noventa próximamente. Como de antemano estaban adoptadas las medidas oportunas, las cosas marcharon sin dificultad. Algunos senadores que conservaban sentimientos liberales, pidieron que la Constitución que se redactara consagrara los principios de la Revolución francesa. El gobierno provisional nombróse aparentemente por la Cámara; en realidad, fué Talleyrand quien lo designó.

Los monárquicos no estaban satisfechos del rumbo que tomaban los sucesos, aspirando á que los extranjeros victoriosos impusieran á Francia «su Rey legítimo», sin condiciones. Por sus manejos y bajo la presión del abogado Bellart, hombre ardiente y violento, el consejo municipal dirigió un manifiesto á los habitantes de París, expresando el deseo de la restauración de la monarquía en la persona de Luis XVIII. Mas no fueron tan afortunados con la guardia nacional, cuyo Estado Mayor rechazó la escarapela blanca, ni tampoco el agente realista Vitrolles pudo recabar que el conde de Artois fuese reconocido, sin más formalidades, lugarteniente general del reino.

El plan convenido entre el Emperador de Rusia y Talleyrand siguió su camino. El dos de Abril por la tarde, el Senado votó sin discusión el destronamiento de Napoleón y su familia, relevando al pueblo y al ejército del juramento de fidelidad que le habían prestado. Hecho esto, el Senado se presentó al Czar de Rusia, de quien era ahora cortesano, como antes lo fuera de Napoleón, no pudiendo desprenderse aquella Asamblea de sus sentimientos serviles. Alejandro pareció proponerse realzar la dignidad del Senado, mostrándose más atento y cortés que nunca; aprobó su idea de dotar á Francia de instituciones liberales, y le anunció que, á pesar de no haberse firmado aún la paz, le concedía la libertad de los numerosos prisioneros franceses que tenía en Rusia: rasgo que se celebró mucho y valió al autócrata ser popular en París, como apetecía.

El día tres de Abril, previa invitación de Talleyrand, se reunió en sesión extraordinaria el Cuerpo legislativo, que constaba de trescientos tres miembros, con asistencia no más que de setenta y siete, los cuales confirmaron el acuerdo del Senado. La intriga forjada por Talleyrand y sus cómplices parecía haberse desenlazado felizmente; mas todavía no se hallaban tranquilos sus autores, ni los propios aliados dejaban de experimentar cierta inquietud. Napoleón estaba entre Fontainebleau y Corbeil, con setenta mil hombres, sin contar los que podía traer de Lyon, de Italia, de los Pirineos. Urgía, por tanto, arrebatárle el apoyo de sus lugartenientes, sin lo que era de temer cualquier arranque desesperado de su genio. Los jóvenes reclutas se batían bien, no observándose en ellos los síntomas de desaliento que se notaran el año anterior en el ejército de Alemania; mas no así los jefes, los generales y los mariscales, los cuales no se forjaban ilusiones acerca del resultado final de la lucha, convencidos de que el orgullo y la terquedad de Napoleón

eran la causa única de su desgracia, y como, por otra parte, se habían enriquecido y se encontraban fatigados de tanto pelear, sólo aspiraban al reposo.

Los fautores del cambio operado en París contaban con estas disposiciones de los jefes militares, para apartar los de la causa de Napoleón. En una conversación sostenida por Talleyrand con Marmont el treinta de Marzo, el astuto tentador le había insinuado ya algo de lo que convendría hacer. Preparado de esta suerte, aquel mariscal recibió sin extrañeza la noticia de los acuerdos del Senado y del Cuerpo legislativo, que le comunicó el príncipe Schwartzemberg el día cuatro de Abril, excitándole al mismo tiempo á «cobijarse bajo los pliegues de la bandera de la buena causa», y «os suplico, seguía diciendo, en nombre de vuestra patria y de la humanidad, que aceptéis las proposiciones que han de poner término al derramamiento de la sangre de los valientes que tenéis á vuestras órdenes». Marmont, al entregársele este mensaje, se hallaba en Essonne, á igual distancia de Fontainebleau y de París. Su contestación fué la siguiente: «La opinión pública ha sido siempre la norma de mi conducta. Desde el momento en que, por virtud de un acuerdo del Senado, el ejército y el pueblo quedan relevados de su juramento de fidelidad al emperador Napoleón, estoy dispuesto á contribuir á una aproximación entre aquellos dos elementos, que aleje toda posibilidad de guerra civil y ponga término á la efusión de sangre». Sólo exigía dos cosas: que se concediese á las tropas francesas que abandonaran á Napoleón permiso para retirarse á Normandía con armas, bagajes y municiones, y que si el Emperador caía en poder de los aliados, se garantizasen su vida y su libertad y se le asegurase un asilo digno de su grandeza pasada. A las veinticuatro horas participó al ejército, en la orden del día, la resolución que había adoptado, en su afán de evitar las funestas consecuencias de la guerra civil.

Napoleón, mientras tanto, sabiendo que los aliados no permanecían juntos en las alturas del norte de París, sino que se habían dividido, continuando en aquellas una parte, situándose ochenta mil al mediodía de la capital y vivaqueando el resto en los Campos Elíseos y en las plazas públicas, proyectó lanzarse con todas sus fuerzas sobre los ochenta mil hombres acampados al sud, cuyos puestos avanzados estaban enfrente de los franceses del Essonne, desbaratarlos, perseguirlos, penetrar en París y armar al pueblo, para revolverse en seguida contra las demás fuerzas aliadas, las cuales se encontraban á su juicio muy separadas unas de otras y no podían, concentrándose á tiempo, aprovecharse de su enorme superioridad numérica. Meditaba llevar á cabo este plan el cinco ó seis de Abril, y al efecto, el cuatro pasó revista á la guardia en el gran patio del castillo de Fontainebleau, diciéndole que era menester arrojar de París á los invasores y castigar á los emigrados, que adornaban sus sombreros con la escarapela blanca. Oficiales y soldados, electrizados por la vibrante arenga del Emperador, desfilaron ante él entre vivas de entusiasmo y aclamaciones apasionadas.

Los jefes sin embargo, no compartían el ardor de las tropas, y cuando Napoleón subió á los salones del castillo, rodeado de sus mariscales, generales y ayudantes, descubrió en todos los rostros señales evidentes de tristeza é irritación. Macdonald tenía en la mano una carta abierta: era de Beurnonville, individuo del gobierno provisional, que le comunicaba la destitución de Napoleón, acordada por el Senado el día dos, y la declaración de los aliados de no querer tratar con aquél ni con ninguna persona de su familia. «¿Qué es eso?», preguntó el Emperador, cogiendo la carta de manos de Macdonald.—«Leedla vos mismo, señor», contestó el interpelado.—«¿Puede leerse en alta voz, señor mariscal?—Sí, señor». Entonces, un secretario de gabinete tomó la carta y la leyó. Los mariscales espían con avidez en el semblante de Napoleón el efecto que le producía el contenido de la carta; pero en aquel rostro de mármol no se transparentó emoción ninguna. «Está bien, exclamó cuando la lectura hubo concluído; mañana exigiremos satisfacción de todo eso: cuento con vosotros, señores míos». Los mariscales protestaron contra la idea de librar una batalla en París, llegando á asegurar que no obedecerían. «¿Queréis, pues, vivir bajo los Borbones?», les gritó Napoleón.—«¡No!», respondió con violencia el viejo mariscal Lefebvre «¡No!», dijo Ney, queremos al Rey de Roma.—«¡Ah!, repuso el Emperador, ¿creéis que si yo abdicase reinaría mi hijo? La regencia de mi mujer es imposible». Acto seguido los despidió, añadiendo que ya les daría á conocer sus resoluciones. Había encargado que se quedaran á Berthier, Caulaincourt y Bassano, y luego de hablar con ellos largamente, volvió á llamar á los mariscales, á quienes manifestó que, pues los aliados le acusaban de ser el único obstáculo para la paz del mundo, había resuelto dejar el trono, á condición de que le sucediera su hijo, bajo la regencia de la Emperatriz. Los presentes le demostraron su alegría, dirigiéndole felicitaciones, á las que se mostró poco sensible. Leyóles después una fórmula de abdicación, que firmó, y les previno que había elegido á dos de ellos, Ney y Macdonald, para ir á París, acompañados de Caulaincourt, con la comisión de negociar el establecimiento de la regencia de María Luisa, autorizándoles á pasar al cuartel de Essonne y proponer á Marmont que se agregara á ellos, si lo estimaban conveniente. La renuncia al Imperio estaba redactada en términos ambiguos y condicionales, y carecía de sinceridad. Napoleón no se proponía sino ganar tiempo, adormecer á sus enemigos y sorprenderlos con su ejército, cuando más descuidados estuviesen.

Los tres emisarios que designara trasladáronse á Essonne y pidieron á Marmont que les acompañase. El duque de Ragusa, cuyo reciente compromiso conocemos, vaciló, se turbó y, por fin, les declaró la verdad. Macdonald y Caulaincourt le reprocharon con viveza su conducta, y al oírles, presa de los remordimientos, les ofreció ir con ellos á París para gestionar la proclamación del rey de Roma. Marmont comunicó la noticia de lo que ocurría á los generales, que, obediéndole, le habían seguido en sus tratos con Schwartzemberg, recomendándoles no moverse hasta recibir nuevas órdenes suyas: tam-